

# Los cautiverios de niñas y jóvenes excombatientes de grupos armados colombianos\*

The Captivity of Former Young Female Combatants of Colombian Armed Groups

Luz Stella Chamorro Caicedo\*\*

*Trabajadora Social*

*Universidad de Caldas, Colombia*

## Resumen

Este artículo analiza las situaciones que las niñas y jóvenes desvinculadas del conflicto armado colombiano enfrentan por ser mujeres en el contexto de una cultura patriarcal. Estas jóvenes excombatientes, luego de experimentar un paso que va de la infancia a la guerra y un posterior retorno a la vida civil, construyen discursos y problematizan las relaciones de poder con el fin de buscar bienestar. Los cautiverios de estas mujeres son prisiones que envuelven sentimientos contradictorios en relación con su propio género y se convierten en una situación que condiciona sus vidas en tanto que no se retomen y se resignifiquen sus discursos hacia el respeto de su propio género. El Trabajo Social busca problematizar aquellas relaciones, tomar los discursos silenciados, reconstruir una identidad femenina y una resignificación de sus vínculos afectivos.

**Palabras claves:** cautiverios, conflicto armado, patriarcado, discurso, identidad femenina, intervención social.

## Abstract

The article analyzes the situations that girls and young women who have demobilized from the Colombian armed conflict face due to the fact that they are women in the context of a patriarchal culture. These young ex-combatants, after a process that took them from childhood to war to the return to civilian life, construct discourses and question power relations in their search for wellbeing. These women are imprisoned by their contradictory feelings with respect to their gender and this situation will condition their lives as long as their discourses regarding respect for their gender are not addressed and resignified. Social Work seeks to question those relations, address discourse that have been silenced, rebuild a feminine identity, and resignify its affective bonds.

**Keywords:** captivity, armed conflict, patriarchal culture, discourse, feminine identity, social intervention.

**Recibido:** 6 de febrero del 2012. **Aceptado:** 15 de agosto del 2012.

\* Este artículo es producto de la investigación “Trabajo Social para de-construir, construir y re-construir la memoria: una alternativa de intervención social para re-significar relaciones de poder y vínculos afectivos en niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado”. Esta sistematización fue la reconstrucción de la experiencia vivida por la autora en el programa Hogar Tutor-Manizales.

\*\* [luzchamorro\\_1989@hotmail.com](mailto:luzchamorro_1989@hotmail.com)

## Introducción

Este artículo es una reflexión construida en torno a la experiencia de intervención social con mujeres y hombres jóvenes desvinculados<sup>1</sup> del conflicto armado en la modalidad de restablecimiento de derechos del Programa Hogar tutor<sup>2</sup>-Manizales. El artículo toma como referente importante la intervención social desarrollada, en el marco de este programa, por la autora con las niñas y las jóvenes desvinculadas a grupos armados. También hace referencia a testimonios de 11 jóvenes desvinculadas que pertenecieron a diversos grupos armados ilegales, en su gran mayoría a las Farc. Tres de las jóvenes son madres. Así mismo, se complementa con los testimonios de ocho hogares y de algunas madres tutoras.

A pesar de que la intervención social se realizó también con jóvenes hombres, en este estudio se da prioridad a las mujeres, considerando dos puntos: 1) los proyectos sociales ejecutados para las mujeres en el programa Hogar tutor y 2) el ejercicio de la sistematización sobre la experiencia de las jóvenes en relación con su género y con las pautas culturales. Este análisis no quiere decir que el asunto de la masculinidad y los efectos que el conflicto armado tiene en los hombres no deban ser analizados, por el contrario, los hombres son víctimas silenciadas en un conflicto armado que atemoriza y enfatiza una violencia basada en el género.

El artículo analiza las situaciones que las niñas y jóvenes viven dentro de la violencia social, política y familiar a lo largo de su vida. Los cautiverios son las prácticas y símbolos construidos en el patriarcado que llevan a la mujer a establecer una relación de

sujeción con el mundo simbólico masculino, estas violencias hacen que ellas sean cautivas de otros y para otros. Sin embargo, en los cautiverios que han enfrentado y enfrentan hasta hoy, las jóvenes problematizan el ejercicio del poder a través del discurso, pero, aquellos discursos se callan para sobrevivir en las relaciones de poder o para ser aceptadas por la sociedad.

La hipótesis que desarrolla el artículo es: el patriarcado, como construcción cultural, asigna diversos cautiverios a las niñas y jóvenes en su infancia, en el grupo armado y en el proceso de restablecimiento de derechos. En su infancia el patriarcado establece diversos roles a cumplir, como por ejemplo cuidar a sus hermanos, corresponder a la autoridad y a la violencia ejercida por la masculinidad y dedicarse al espacio privado. En este contexto de violencia intrafamiliar, el grupo armado significa para niñas y jóvenes un espacio oportuno para reivindicar los roles de género asignados, adquirir poder y darle un nuevo manejo en la familia. Sin embargo, durante la permanencia en el grupo, las niñas y jóvenes combatientes son prostituidas, su cuerpo entonces deja de ser un espacio propio y se convierte en un arma de guerra. El poder que adquieren las niñas se manifiesta fuera del grupo armado, pero dentro de él las niñas y jóvenes siguen estando sujetas a los mandatos patriarcales, llegando al punto de masculinizar su cuerpo para poder sobrevivir y ascender en una jerarquía dispuesta únicamente para los hombres; así, el grupo armado exacerbaba la violencia basada en el género. Luego, en su proceso de desvinculación, quienes son madres, bajo la mirada vigilante de los estereotipos culturales, deben llegar a ser “la buena madre” o la “buena mujer”. Las jóvenes se enfrentan a los cuestionamientos de la sociedad que plantean diversos juicios sobre ser madre soltera, madre inexperta y se duda de que pueda desempeñar su rol.

Vale aclarar que las dificultades que enfrentan las jóvenes madres no son solo las culturales sino también las que se basan en sus propios miedos, puesto que desempeñar este rol cuestiona la desprotección afectiva vivida en su infancia. Así, los cautiverios son una continuidad en sus vidas en tanto que no se problematicen las relaciones determinadas culturalmente

1 Desvinculado: es todo menor de edad que ha participado en acciones bélicas durante el conflicto armado y ha pertenecido a un grupo armado irregular. Sin embargo, no se debe confundir con desmovilizado, dado que este último hace referencia a todos los mayores de edad que integraban las filas armadas.

2 Modalidad de atención y restablecimiento de derechos para niñas, niños y jóvenes excombatientes del conflicto armado en diversas dimensiones del derecho: desarrollo, ciudadanía, salud y recreación. El programa Hogar tutor-Manizales se fundamenta en el macro-proyecto Construyendo Desarrollo Humano con perspectiva de Derechos Humanos y responsabilidad Social y está articulado al proyecto de Atención para niñas, niños y jóvenes desvinculados del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar —ICBF—. El proyecto se encuentra operando desde el año 2006 hasta la fecha.

para ellas, relaciones en las cuales aún existen sentimientos encontrados y contradictorios evidenciados por el hecho de ser mujeres.

El artículo está dividido en cuatro partes: la primera plantea una reflexión sobre la mujer y las niñas en las zonas de conflicto y su vinculación a los grupos armados en Colombia. La segunda parte se propone abordar este problema desde la teoría de relaciones de poder de Michel Foucault, las relaciones de género estudiadas por Marcela Lagarde y la teoría de relación de género desarrollada por Joan Scott y Gabriela Castellanos. Estos autores son citados por María Rocío Cifuentes para orientar su investigación sobre el género y el conflicto armado, en dicho estudio se expresa “[...] la necesidad de entender al género en el marco de las relaciones sociales y de los juegos de poder que estas estructuran” (2009, 127). Es importante mencionar que, a pesar de que no se utiliza la investigación de Cifuentes para analizar lo mismo, en este artículo se toma la propuesta de la autora para estudiar los cautiverios de las jóvenes desvinculadas al conflicto armado puesto que su aporte para la reflexión sobre las relaciones de poder a la luz de esos autores es importante. La tercera parte presenta el análisis sobre los cautiverios, en este estudio se toma el concepto de cautiverio construido por Marcela Lagarde y se hará referencia a tres cautiverios de las jóvenes: orfandad madre-hija: las experiencias en la infancia; ser cuerpo para otros y la prostitución, y ser madre soltera. Para finalizar, y como cuarto punto, se retoma concepto de carnaval de Mijaíl Bajtín, el cual permite deconstruir aquellas relaciones de poder, construir discursos y reconstruir su identidad femenina y, en efecto, también la sanación de sus vínculos afectivos. En este proceso se hacen algunas recomendaciones a los hogares tutores<sup>3</sup> y al equipo psicosocial<sup>4</sup>.

## La violencia patriarcal y la vinculación de las niñas al conflicto armado

La violencia patriarcal se conjuga con la de tipo social y política. En las familias que habitan las zonas del conflicto armado la violencia patriarcal es ejercida contra los hombres y las mujeres y está basada en la discriminación sexual. En la sociedad Colombiana la socialización dentro de la familia y por fuera de ella se fundamenta en el patriarcado. El patriarcado es el sistema cultural que brinda un lugar privilegiado al mundo simbólico masculino sobre la femineidad y a quien desempeñe la figura masculina, que en muchos de los casos son los hombres. El patriarcado, al ser una construcción cultural determinista en relación con el sexo, arma un orden cultural que desencadena la violencia contra la alteridad, contra el otro que está subordinado a ese poder, en este lugar se encuentran la mujer, las niñas y los niños y los homosexuales. El patriarcado organiza un orden de prácticas, ritmos y disciplinamiento de los cuerpos de hombres y mujeres. En el caso de los hombres, esta construcción cultural les exige ser reconocidos, consagrarse en espacios públicos y colectivos, ser proveedores, cuidar a quienes se consideran débiles y dominarlos a través del ejercicio de poder, quienes se resisten a este ejercicio son estigmatizados como lo carente, débil y diferente. En el caso de las mujeres, el patriarcado les asigna corresponder con la autoridad de un hombre y dedicarse al espacio privado, “[...] lo que implica considerar que el patriarcado establece dispositivos de ajuste [...] y que su propósito efectivo es conservar la dicotomía y la distancia entre hombres y mujeres, evitando el reconocimiento de sus similitudes” (Palacio 2004, 47). En ese sentido, la posesión del sexo implica asumir roles, funciones y prácticas, una de ellas es el ejercicio de la violencia perpetrada por los hombres contra las mujeres en un espacio político, social y familiar y, además, la aceptación de la violencia por parte de aquellas como una práctica natural. Con estas observaciones no se pretende negar el silencio, opresión y violencia que han sufrido los varones en el marco del patriarcado.

En este escenario, en el que hombres y mujeres convergen, las niñas, niños y jóvenes son víctimas de abuso sexual, maltrato y abandono por parte de

<sup>3</sup> Son las familias que deciden acoger voluntariamente en sus hogares a una joven, ya sea definitivamente o por un tiempo, con el objetivo de restituir los derechos violentados en su infancia, de que las niñas y las jóvenes sanen su memoria y así puedan construir relaciones de confianza y equidad.

<sup>4</sup> Es el equipo encargado de la atención y restablecimiento de derechos del Programa Hogar tutor. Está conformado por psicólogas y trabajadores sociales.

su familia de origen, sufren el rechazo afectivo de la madre, el padre o los integrantes de su familia extensa, que son personas significativas en sus vidas y a quienes se refieren así sea con un vínculo afectivo débil. La violencia intrafamiliar se une a una lógica de violencias sociales y políticas. El conflicto armado exacerba las dinámicas de atropello sexual y de género, dado que los grupos armados y bandas emergentes utilizan la coerción, disciplinamiento y marcación de cuerpos del otro a través del ejercicio de la fuerza.

En este proceso, la violencia contra la mujer, las niñas y niños es una situación preocupante puesto que desde el patriarcado se asume la violencia contra ellas y ellos como una forma natural y legitimada. Como lo expresa la Corporación Humanas:

[...] el conflicto armado ha exacerbado las diversas formas de violencia de género que históricamente han afectado a las mujeres, e incluso ha reproducido nuevas formas de violencia, dando un continuum que afecta a las mujeres en tiempos de paz como de guerra. (2009, 9)

Los integrantes de los grupos armados en su gran mayoría se relacionan bajo los supuestos de la supremacía de la masculinidad y la sujeción del mundo simbólico femenino y masculino, es decir, el colectivo utiliza la violencia patriarcal como estrategia de guerra porque marcar los cuerpos y generar temor se convierte en un mecanismo óptimo para el control territorial. En efecto, los productos que esta violencia deja en la población y en las mujeres son “[...] el silencio, la impunidad y la discriminación” (Amnistía Internacional 2004, 1).

A pesar de que en su mayoría los hombres son quienes hacen parte de los grupos armados y mueren en combate, en la dinámica del conflicto se emplea la violencia sexual y de género, una situación que resulta normal en un contexto en donde la masculinidad posee poder sobre la mujer. En consecuencia, muchos de los integrantes de los grupos armados marcan los cuerpos de las mujeres y las niñas, quienes a su vez deben reconocer la autoridad del hombre, no solo por la supervivencia de sus vidas sino porque fueron educadas bajo un modelo cultural que las determina como siendo de otros y para otros.

### **La mujer en el conflicto armado**

En las zonas de conflicto es en donde se hacen evidentes distintas formas de estrategias militares dirigidas al control del territorio y que infunden el miedo en las poblaciones que lo habitan. Muchas de las víctimas son mujeres que tienen papeles protagónicos en la organización y consolidación de sus comunidades. Las estrategias de amenaza en contra de ellas involucran la muerte, el desplazamiento, las torturas, las desapariciones de líderes sindicales y comunitarios: “[...] las violaciones a derechos humanos y al derecho internacional humanitario son graves, sistémicas y generalizadas, en el que se producen ataques permanente en contra del derecho de la vida, la integridad personal y la libertad” (Mesa de Trabajo: Mujer y conflicto armado 2009, 11). En la lógica en que se mueve el conflicto armado se puede notar que las mujeres son un grupo vulnerable, no solo porque son víctimas de las estrategias de control territorial sino porque en contra de ellas da el ejercicio naturalizado de la violencia sexual basada en el género, por lo que se entiende

[...] todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o puede tener resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación de la libertad tanto si se producen en la vida privada como en la vida pública. (Declaración sobre la eliminación de la violencia en contra de la mujer 1989, 2)

La construcción cultural del patriarcado legitima la violencia en contra de la mujer desde la infancia, en este proceso sus cuerpos siempre son una posesión para otros y de los otros. De igual manera, según estas lógicas las mujeres son quienes asumen las responsabilidades del espacio privado, como por ejemplo: el cuidado de sus hermanos, la manutención del hogar, el trabajo en zonas domésticas, entre otras actividades que las supeditan al abuso y explotación de los otros. Según Palacio el patriarcado es

[...] una organización social basada en el poder del padre; define una lógica de relación entre los sujetos, en la cual se asume el sentido de la diferencia como desigualdad y justificación de la dominación y,

además, establece unos dispositivos de control y de regulación en la construcción de identidades. (Palacio 2004, 42)

El patriarcado reconoce a la masculinidad en la esfera pública desde su socialización primaria y secundaria, además, les asigna a los hombres el cuidado y dominio de las mujeres que son consideradas como “propias”. La supeditación al poder del hombre se basa en las razones de protección de la familia, hijas e hijos menores. En ese sentido, las mujeres en el conflicto se convierten en un arma de guerra, son utilizadas para el placer de los otros y sus cuerpos son marcados. Esto es posible no solo por la naturalización de la violencia social y política del grupo armado, sino también por la violencia patriarcal que se ejerce en contra de ellas.

A una chica de 18 años con embarazo le metieron un palo por las partes y se asomó por arriba. La descuartizaron [...] A las mujeres las pusieron a bailar desnudas delante de sus maridos. Varias fueron violadas. (Testimonio de una persona desplazada- recogido por Amnistía Internacional, el 21 de noviembre del 2003. Amnistía Internacional 2004)

Las muchachas viven acosadas y amenazadas por milicianos. Las acusan de relacionarse con el bando contrario [...], marcan su territorio marcando los cuerpos de las mujeres. Es un terror sin ruido. Por un lado, castigan a aquellas que utilizan descaderados, y, otras veces, las obligan a vestirse descotados y minifaldas para llevárselas a sus fiestas. (Testimonio de una psicóloga en Medellín recogido por Amnistía Internacional, el 10 de marzo del 2004. Amnistía Internacional 2004, 7)

La violencia sexual y de género ejercida por los grupos armados sobre las niñas, jóvenes y mujeres busca el control territorial, infundir miedo y dolor en la población, la legitimación del grupo armado a través de la construcción de un imaginario de justicia y condenar los cuerpos de las mujeres por ser cómplices de otros grupos. Uno de los azotes que sufren las niñas, jóvenes y mujeres no es solo el acoso por parte de los integrantes de un grupo armado, sino la atribución de culpa por parte de sus propias familias, que las acusan de seducción de los integrantes del

grupo o, simplemente, no creen en su palabra cuando son víctimas de abuso sexual por el hecho de ser mujeres, puesto que, en el patriarcado, la credibilidad es un atributo del discurso del hombre. De esta forma, las niñas, jóvenes y mujeres se sienten “vacías y sucias”<sup>5</sup> al ser víctimas de una violación.

#### **La vinculación y permanencia de niñas y jóvenes en grupos armados**

Según la Defensoría del Pueblo:

[...] Cerca de la mitad de las niñas desvinculadas (48%), mencionó haber sido maltratada por sus padres, madres o adultos cuidadores, mientras que el 73% de los hombres dijo no haberlo sido. Esto es indicativo de una particular condición de vulnerabilidad de ellas en el seno de sus familias, en su gran mayoría monoparentales, sustentada, en la inequidad de género como una clara manifestación de las relaciones de poder, que han conducido a la discriminación de las mujeres y las niñas desde sus propios hogares, y que se constituye adicionalmente, en un factor específico de riesgo para ellas en el momento del reclutamiento. (2006, 22)

Las diferencias de género causan que hombres y mujeres sean tratados de forma muy distinta en el ejercicio del poder. En el caso de las niñas y jóvenes, antes de la vinculación a los grupos armados tenían que cumplir los roles asignados a la femineidad, lo que significaba afrontar una adultez en la infancia, ser responsables de la crianza de sus hermanos, trabajar para contribuir con los ingresos de la familia y velar por el bienestar de la madre, quien, a su vez, representa a otra mujer que ha sido violentada. El trabajo efectuado por las niñas y jóvenes en otras zonas y en su propia casa facilitaba que otros hombres o adultos cercanos a la familia abusaran de ellas y, en consecuencia, se vieran sometidas al poder de otros sobre su propio cuerpo con el fin de cuidar a sus seres más significativos “la familia y hermanitos menores”.

Esta situación, se hace visible en el siguiente testimonio:

[...] mi padre abusaba [sexualmente] de mí desde los cinco años. Él no quería que estudiara ni que

5 Testimonio de una joven desvinculada.

hablara con nadie. Solo trabajar ordeñando vacas. Mi mamá no sabía nada. Las Farc me dieron un AK-47 con tres proveedores, ropa y botas. [mi padre] Ya no podría hacerme daño. (Testimonio de una niña desvinculada, recogido por Amnistía Internacional, el 29 de noviembre del 2003. Amnistía Internacional 2004, 56)

En el marco de las relaciones violentas de poder, las jóvenes, niñas y mujeres, no pueden ser dueñas ni de su cuerpo ni de su propia sexualidad, estas condiciones generan el deseo de poder y defensa de sí mismas. Las relaciones de género determinan las experiencias en el grupo armado puesto que el colectivo se visibiliza como un espacio para la participación masculina. Para las mujeres la entrada al grupo armado les permite adquirir un poder hacia afuera, esto es defenderse de otros, pero en el grupo siguen sujetas a las órdenes del comandante.

Como se expresó antes, el patriarcado es una construcción cultural que legitima poderes en consideración con el sexo, de acuerdo con esto, las niñas y jóvenes dentro del grupo son maltratadas con violencia de género y cuando buscan poder y ascenso en la jerarquía se enfrentan a muchos estereotipos de violencia basados en la descalificación por el hecho de ser mujeres. Según la Corporación Humanas, la violencia sexual dentro de las filas armadas tiene como finalidad la cohesión, la “[...] violencia [es] utilizada para mantener la unidad y control del grupo ilegal a través del disciplinamiento del cuerpo, la regulación de las relaciones sexuales y el control de los nacimientos” (Corporación Humanas 2008, 18). Las mujeres dentro de la organización son consagradas por la violencia sexual en un espacio donde se convierten esclavas sexuales, son abusadas por los comandantes y acosadas por sus compañeros y por el enemigo. Asimismo, el grupo armado y el conflicto son un escenario propio para la repetición de recuerdos de experiencias de abuso sexual previas.

Los hombres, aunque se ven afectados también por las exigencias de patriarcado y los estereotipos, se sienten respaldados por el poder y por el reconocimiento que se les otorga en la vida pública como un

aspecto importante en el desarrollo de su masculinidad. Estar en el grupo armado significa para ellos ser competentes, aprender a “[...] valerse por sí mismos, a levantarse solos”, ser independientes, luchar por el poder entre pares para ascender en la jerarquía, ser protector y dominador de los más débiles, les da la posibilidad de ser valientes en el ámbito público: “[...] usted sabe, en los pueblos los grupos armados no son una novedad, si ve, y allá ingresan los que se quieran sentir hombres”<sup>6</sup>. La formación masculina de los grupos pretende que los niños y jóvenes busquen el poder, ejerzan el reconocimiento público y ejecuten el sometimiento del género opuesto:

[...] las mujeres en el grupo armado deben luchar junto con uno, a veces es difícil verlas, porque el comandante les asignan tareas muy duras, cuando apenas ingresan algunas se desmayan, caen, lloran, son más sensibles y el comandante no permite que las ayudemos [...] algunas son prostituidas y les ordenan que se acuesten los del grupo. (Testimonio joven desvinculado)

De esa forma, para las niñas el grupo armado es una continuidad de la violencia de género experimentada en su infancia. Durante sus primeros años antes de su vinculación, las niñas son abusadas y abandonadas en un marco de desprotección familiar. Estas condiciones de exclusión y maltrato producen un sentimiento de búsqueda de poder, de subsanar un temor a través de un arma y un uniforme, sin embargo, los miedos subsisten. En el grupo se repiten las situaciones de violencia sexual que se fundan en el discurso patriarcal del grupo, estos exabruptos se legitiman en la idea de que ellas no son poseedoras de sus cuerpos, pues son cuerpo de otros, en otras palabras, son cuerpo del colectivo y deben planificar o abortar cuantas veces sea posible.

En el grupo armado me hicieron abortar cinco veces, las condiciones no fueron buenas, me desangré, pero mi último embarazo yo deseaba tenerlo, así para la quinta vez lo escondía y pensaron que me había engordado, luego me descubrieron y no me permitieron tener a mi hijo. (Testimonio joven desvinculada)

<sup>6</sup> Testimonio joven desvinculado.



Danny María Ramírez Torres  
*Si te dejas, lo hago!!!*  
 Barrio Miramar del municipio  
 de Buenaventura, Colombia  
 28 de noviembre del 2012

Dentro del grupo armado las niñas, mujeres y jóvenes afrontan además del maltrato por el género, “[...] 1) la esclavitud sexual y 2) la anticoncepción y abortos forzados” (Amnistía Internacional 2004, 56). La esclavitud sexual es la sujeción fuerte y rigurosa, por la cual se someten como objeto sexual y son prostituidas en operativos de inteligencia militar o para dar placer a los hombres en tiempos de conflicto y combate. La anticoncepción y el aborto forzado son obligaciones que tienen las jóvenes para favorecer el bienestar grupal, dado que tener hijos en contexto de conflicto es un gran riesgo para el colectivo, desde su ingreso deben planificar y, en caso de quedar en embarazo, deben abortar en condiciones de insalubridad aunque ellas deseen tener a su hijo y verlo crecer.

En el grupo armado las contradicciones de sentimientos persisten hasta el punto en que el deseo de poder y ascenso en la jerarquía destinada para hombres transforma sus cuerpos y los masculiniza, con lo cual se renuncia parcialmente a su femineidad:

[...] las niñas y mujeres en los grupos armados se enfrentan a diversas tensiones, una de ellas es en tener los privilegios del género opuesto y llevar a cabo un conjunto de prácticas que les permita estar más cerca de ese poder. Las jóvenes adoptan prácticas masculinas porque las estrategias empleadas de fuerza, poder y reconocimiento son las principales para sobrevivir en un contexto agreste por las condiciones y por los

estereotipos de violencia en contra de las mujeres. (Discusión del semillero niñas, niños y jóvenes desvinculados de grupos armados, el 26 de febrero del 2012)

Sin embargo, a pesar de que los movimientos de su cuerpo se adecúen a los hábitos masculinos, jamás se pierde el rol de protección hacia los seres que son más significativos para ellas. Conviene decir que las niñas y jóvenes ingresaron al grupo para reivindicar sus roles de género, por la motivación de tener poder y estar armadas, por tener defensa ante cualquier situación de maltrato o abuso sexual y para brindar protección a quienes seguían siendo víctimas de la violencia del padre: madre y hermanos. Pero las condiciones del grupo hacen silenciar los discursos con el fin de sobrevivir en medio de relaciones violentas que pueden perjudicar su propia vida y la de su familia. El silencio se convierte en el mejor aprendizaje de vida, así como en su infancia guardaron silencio para no sufrir ni el rechazo o expulsión de su familia; en este contexto, guardan silencio para protegerse y proteger a los suyos:

[...] yo me fui porque en realidad, a mí no me creyeron que me violaron, por eso decidí irme, tomar venganza por mis propias manos, pero, después me di cuenta que estar allá era lo mismo de peligroso y, por eso cuando me desvinculé, buscaron a mi familia y la desplazaron a otro lugar [...], mi familia aun me reclama, pero todos no saben por qué lo hice. (Testimonio joven desvinculada)

De la infancia a la guerra y en su permanencia en ella para la sobrevivencia en medio de relaciones de poder, las niñas y jóvenes enfrentan contradicciones en sus sentimientos, roles y prácticas, contradicciones que las conduce al cuestionamiento de su condición de mujeres, la forma de serlo y la aceptación de la sociedad.

### **Los cautiverios de las niñas y jóvenes desvinculadas**

Para comprender los cautiverios y la problematización que las niñas y jóvenes hacen de su género y de las relaciones de poder en las cuales han estado inmersas, se hará una sucinta exploración, en primer lugar, de la teoría de Foucault sobre las relaciones de poder y, en segundo lugar, sobre los aportes de Marcela Lagarde sobre relaciones de género y, en tercer lugar, los conceptos que Joan Scott y Gabriela Castellanos proponen sobre el género.

#### **Relaciones de poder**

Las relaciones de poder son “[...] procesos que imponen una transformación del individuo entero, de su cuerpo y de sus hábitos por el trabajo cotidiano a que está obligado, de su espíritu y de su voluntad, por los cuidados espirituales de que es objeto” (Foucault 1976, 45). Estas relaciones son un sistema de fuerzas en el cual este poder circula entre quien domina y quien se somete a su ejercicio, dentro de este sistema, “[...] el cuerpo puede ser dócil” (*Ibid.*, 139). Pero a la vez, es un dispositivo a través del cual se transforma, se reivindica y se desea construir un cambio. En las relaciones de poder existe dos zonas, la primera es la dominante, que ejerce el control del alma y del cuerpo de un individuo; la otra, la sometida, es la que está subordinada y que debe obedecer los mandatos de la primera.

El poder es circular en las relaciones sociales, no se trata únicamente de dominar y castigar de acuerdo a costumbres, creencias y prácticas, sino también implica la posibilidad de resistencia, así como el poder sobre sí mismo en búsqueda de bienestar y realización. El poder abre la posibilidad de cuestionar, cambiar las relaciones y construir una subjetividad distinta a la asignada. De esta forma, la parte some-

tida puede hacer uso de una estrategia de resistencia frente a esa dominación mediante “[...] 1) confrontación, 2) silencio, 3) memoria y olvido, 4) huida física y 5) huida simbólica” (Foucault 1971, 103). La primera, es “[...] la resistencia violenta a ese ejercicio de poder” (*Ibid.*, 4); el silencio es callar los sentimientos, significa supervivencia y protección para sí misma y para los otros significantes vulnerados y vulnerables en el ejercicio de ese poder. La memoria y el olvido, son las facultades humanas que permiten conservar recuerdos o borrarlos, el problema radica en que, cuando estos recuerdos o impresiones no son sanados siempre reaparecen sin ser resueltos y los sentimientos vuelven a ser sentidos y el poder de quien dominó aparece en los discursos. La huida física es el escape espacial de donde se ejerce la autoridad y la huida simbólica es acudir a una fuerza más allá del poder del hombre para que aquellas interfieran en las relaciones humanas.

En toda sociedad las relaciones de poder existen y la forma de su ejercicio es el pilar sobre el cual la sociedad asigna roles, estereotipos, códigos de obediencia, controla y castiga las almas y los cuerpos. Es así como en este tipo de relaciones culturalmente establecidas se construye el género.

#### **Relaciones de género**

El género “[...] es una forma primaria de relaciones significantes de poder. Podría mejor decirse que el género es el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder” (Lagarde 2006, 24). El género es una construcción cultural que asigna roles, funciones y cualidades en relación con el sexo. Bajo estas características y símbolos construidos a través del lenguaje se constituye la identidad de los individuos. Vale decir que la identidad mantiene un estrecho diálogo entre lo determinado culturalmente y la conciencia que cada individuo edifica con una posición política. En ese sentido, según Gabriela Castellanos, el género es:

[...] un conjunto de saberes, discursos, prácticas sociales y relaciones de poder que el dan un contenido específico a las concepciones que usamos (y que influyen significativamente sobre nuestra conducta) en relación con la sexualidad y con las diferencias físicas,

socio-económicas, culturales y políticas entre los sexos en una época y en un contexto determinado. (1995, 33)

Las relaciones de género, según Scott citado por Cifuentes, están fundadas en la diferencias que constituyen los sexos, son “[...] una forma persistente y recurrente de facilitar la significación del poder” (2009, 137). Las diferencias entre hombres y mujeres radican en los diversos símbolos que el patriarcado asigna a un cuerpo sexuado; el valor de la mujer se consagra siendo un cuerpo para otros y de otros “[...] considerándola como un objeto de control y posesión por parte de los hombres” (Palacio 2004, 36). Esta cadena de relaciones se reproduce no solo por las prácticas y discursos que los hombres utilizan para la opresión de las mujeres, sino que las mujeres también legitiman lo construido a través de la socialización primaria que construyen con sus hijas.

Así, todas las mujeres están cautivas de su cuerpo-para-otros, [...] Todas las mujeres, en el bien o en el mal, definidas por la norma, son políticamente inferiores a los hombres y entre ellas. Por su ser-de y para otros, se definen filosóficamente como entes incompletos, como territorios, dispuestas a ser ocupadas y dominadas por los otros en el mundo patriarcal. (Lagarde 2006, 41)

La concepción del patriarcado no tiene que ver con el poder del padre sino con la configuración de identidades masculinas y femeninas, con la instauración de un orden y una forma de relacionarse con los sujetos en condiciones de desigualdad, a partir de lo cual se justifica la dominación y se establece el sentimiento de completitud en el otro. Las mujeres dentro del patriarcado están excluidas y marginadas, pertenecer al espacio privado legítima el poder exclusivo del hombre en el espacio público, su libertad de dominar a otros. Las exclusiones a las que están expuestas las mujeres se denominan cautiverios.

A continuación, se analizan los cautiverios, su concepto y las prisiones vividas por las jóvenes excombatientes y jóvenes madres en tres momentos importantes:

- infancia: en la cual se hace presente el cautiverio de orfandad;

- pertenencia al grupo armado: en el cual se convirtieron en cuerpo para otros y fueron prostituidas en beneficio del bienestar colectivo;
- desvinculación: donde son juzgadas tanto por haber pertenecido al grupo armado como por ser madres solteras, bajo el juicio y mirada vigilante de las familias tutoras e instituciones.

Vale decir que, en estos tres espacios existe un discurso silenciado que significa resistencia, este discurso jamás se olvida, solo se calla y espera ser retomado.

### Cautiverios de niñas y jóvenes: una continuidad en sus vidas

Lagarde expone: “Un cautiverio es la privación de la libertad, autonomía, de independencia para vivir, del gobierno sobre sí misma, de la posibilidad de escoger y de la capacidad de decidir” (2006, 153-154). Los cautiverios son las prisiones creadas culturalmente para las mujeres, las hace víctimas de la violencia y, a la vez, permiten el cuestionamiento de aquellas relaciones que las hace cautivas. El poder no es posesión de una sola persona o de quien domina al otro, el poder es una fuerza entre quien domina y quien resiste:

[...] mi madre siempre me pegaba al igual que mi padrastro, un día me pegaron tanto que decidí irme, apareció el grupo armado y fue la posibilidad de defenderme y de exigirle a mi padrastro que me respetara más a mí, a mi madre y mis hermanos. (Testimonio joven desvinculada)

Las jóvenes desvinculadas han anhelado tener poder tanto en su dimensión positiva como en su dimensión negativa. En la primera, desean la protección de sí mismas y de los suyos; en la segunda, desean la venganza de quien las hizo cautivas y marcó sus cuerpos. Los cautiverios tienen como componente esencial al poder, este surge en las relaciones sociales y permite, tanto la reproducción de los estereotipos culturales en los espacios públicos y privados, como la transformación y problematización de las relaciones. Las jóvenes desvinculadas enfrentan distintos cautiverios, algunos son: orfandad Madre-hija, ser cuerpo para otros y ser madre soltera (quienes lo son).

### Cautiverio: orfandad madre-hija<sup>7</sup>, la experiencia en la infancia

Es el sentimiento de desprotección que las jóvenes traen consigo por la falta de protección de su figura materna. La desprotección como sentimiento tiene dos dimensiones, una cultural y otra afectiva. En la dimensión cultural, la madre debe ser la cuidadora y custodia de su hija: “A su cargo está el cuidado de su hija, de integridad frente a cualquier daño y frente a la muerte. Por eso, cuando suceden trasgresiones las madres son las culpables por no haber cuidado de su hija” (Lagarde 2003, 426). Culturalmente se espera de las madres que cuiden de los cuerpos de sus hijas, puesto que perder la castidad es una trasgresión que significa perder pureza. La desprotección cultural hace referencia a todos los saberes que las madres les inculcaron y que las llevan a continuar en una relación de sujeción con los hombres. Al respecto, Marcela Lagarde expresa: “La madre es buena y mala a la vez, porque en una omnipotencia adulta y nutricia frente a la carencia infantil, da y niega, estimula y reprime: internaliza la cultura y con ella el poder” (*Ibid.*, 427).

Las niñas y jóvenes pasan por una socialización primaria y más tarde por una socialización secundaria (Berger y Luckman [1968] 2002, 6). En la primera, muchos de los que imparten esa socialización son todos los integrantes que conforman una familia: madre, padre, hermanos. En los contextos de violencia, a pesar de que la madre tiene un papel importante dado que en ella está el rol del cuidado y crianza de los hijos, existen otro tipo de personas como padrastros, padres, tíos, abuelas y mujeres cercanas que imparten e imponen una educación basada en el patriarcado. Se puede decir que la naturalización de la violencia, vista de las mismas mujeres como algo normal, sea una forma de educación para sus hijas puesto que, cuando las madres son víctimas de golpes, insultos y de la violencia que se ejerce desde lo masculino, se transmite el mensaje de sujeción y dominación de lo femenino. Estas acciones de violencia hacen ver lo natural que puede llegar a ser esta

<sup>7</sup> Este cautiverio es mencionado por la autora Marcela Lagarde y de los Ríos. Sin embargo, este concepto se utilizará para la compresión de las vivencias de las niñas y jóvenes desvinculadas antes de su enrolamiento a los grupos armados.

práctica y por consiguiente niñas y jóvenes llegan a internalizarla y valorarla como una acción normal.

Las niñas desde temprana edad son educadas por la madre y los otros que ejercen esa violencia para aceptar estas prácticas sobre los cuerpos de las mujeres, esta educación busca que ellas acepten la prisión: “[...] mi madre desde temprana edad me enseñó que tocaba obedecer a los hombres, pero yo vi varias veces a mi madre llorar, un día mi padrastro me golpeó y ella no dijo nada” (Testimonio joven desvinculada). Por otra parte, las niñas son vulnerables puesto que, por su edad y género, las denuncias sobre abuso o maltrato no son tenidas en cuenta especialmente por las personas a quienes valoran significativamente:

[...] una vez estaba cuidando a mis hermanos menores, mi cuñado entró e intentó violarme [...], luego yo estaba llorando y pensé que mi madre me iba a creer, le comenté todo, pero ella dijo que yo era una mentirosa, que yo solo quería dañar matrimonios y, que mi cuñado tenía todo su apoyo [...], me dijo que yo tenía que darme vergüenza, llegó el grupo y decidí irme. (Testimonio joven desvinculada)

Este cautiverio está en estrecha conexión con los vínculos afectivos. El vínculo afectivo es

[...] un apego donde se reconoce a otro como base segura para la exploración y a la vez es una fuente de seguridad y confianza [...]. Existen tres tipos de vínculos afectivos: a) seguro y b) inseguro. (Bowlby 1998, 21)

Si las relaciones tempranas brindaron seguridad, amor y protección se transmitirán a sus hijos e hijas en confianza y afecto, pero si el apego fue débil las relaciones producen carencia afectiva y desconfianza. El sentimiento de desprotección no es solo un asunto cultural, sino también es una consecuencia al haber experimentado un rechazo en la infancia por parte de las personas que cuidaban y brindaban afecto a las niñas (el padre, la madre o una persona de la familia extensa). El rechazo en sus familias de origen se supeditaba a la violencia, maltrato físico, sexual o psicológico, dejando así, una carencia afectiva que irá unida al deseo de completitud,

“[...] para ser feliz hay que tener a un hombre”<sup>8</sup>. Muchas de las jóvenes excombatientes no han tenido un figura que brinde afecto, protección y que haya establecido con ellas una relación sana de cuidado. Las causas de ese sentimiento de desprotección son: la muerte de la madre, el abandono por su familia de origen en su nacimiento y el maltrato continuo cuando muchas de ellas pasan sus primeros años de vida de casa en casa, cambiando una y otra vez de hogar.

El patriarcado y la carencia afectiva producen en ellas una necesidad de transformación y lucha por adquirir poder, construir relaciones de afecto, justas y equitativas. El contexto y las privaciones hace que las niñas y jóvenes problematiquen estas relaciones de poder; las jóvenes, sienten que su cuerpo es su propia prisión, aquella que fue determinada culturalmente para ellas por el hecho de ser mujeres. Vale aclarar que desde su infancia se manejarán de acuerdo con tensiones y polos opuestos: ser mujer, desear el poder de un hombre, ejercer violencia y someterse a ella. Ese tipo de sentimientos las lleva también a desear su vinculación a los grupos armados. Así, en las zonas de conflicto armado, el grupo es un espacio propicio para adquirir poder y lograr sus objetivos de transformación de relaciones, aunque durante su permanencia en la vida armada se repiten situaciones de violencia basada en el género.

#### Cautiverio: “Cuerpo para otros”

*Un alma habita al cuerpo y lo conduce a la existencia, que es una pieza en el dominio que el poder ejerce sobre el cuerpo. El alma, efecto e instrumento de una anatomía política; el alma, prisión del cuerpo*

Foucault 1976, 36

El ingreso al grupo armado es una decisión construida sobre la base de muchas tensiones, ellas tienen dos opciones quedarse con su familia, y seguir violentadas o abusadas sexualmente o se inscriben en este contexto porque les permitirá su protección, adquirir un poder, orientado hacia afuera del grupo armado. Es decir,

[...] los contextos de vulnerabilidad social y cultural que constituyen factores de riesgo para la vinculación

a los grupos armados, algunos son víctimas de violencia, búsqueda identitaria de respeto y reconocimiento, deseo de venganza la vinculación afectiva con un integrante del grupo. (Defensoría del Pueblo 2006, 29)

Las contradicciones entre quedarse con sus familias o irse con los actores armados generan una decisión, que en caso de quienes fueron abusadas sexualmente constituyen una posición en defensa de su cuerpo para favorecer su propia existencia. Se puede decir que el poder entonces se inscribe en el cuerpo para “[...] vengar el desprecio de su autoridad con el castigo de quienes llegan a violar sus defensas” (*Ibid.*, 54).

Los actores armados legitiman su poder no solo por las prácticas de guerra, sino porque representan los estereotipos guerreros y llegan a ser valorados como el lugar donde se adquiere poder, un arma, un uniforme y diversos dispositivos que garantizan la defensa propia. Al ser parte de un colectivo, el grupo orientado por el bienestar se hará responsable de la protección de las niñas y jóvenes, y de la venganza contra quienes marcaron sus cuerpos antes de ingresar al grupo armado. Estar en este contexto significa para las niñas y jóvenes trascender el rol que les asignó el patriarcado, tomando como referencia que las guerras siempre han sido un espacio para la participación masculina. Con su ingreso y vinculación al grupo armado, las niñas y jóvenes cuestionan lo culturalmente establecido “[...] no se necesita ser hombre para tener reconocimiento y brindar protección” (Testimonio joven desvinculada). Además, el sentimiento que invade a estas niñas y jóvenes es que se dejó de ser objeto de explotación para buscar su protagonismo en la vida familiar: “Cuando mi padrastro sabía que estaba en el grupo armado, me tenía respeto, dejó de maltratarme y respetaba a mi madre” (Testimonio joven desvinculada). Las jóvenes desvinculadas desean adquirir poder para proteger a los suyos sin la necesidad de un hombre. En un inicio las jóvenes encuentran el respaldo del grupo armado para vengarse de quienes invadieron su cuerpo:

[...] cuando estuve en el grupo, yo les comenté lo que me pasó, el grupo y el comandante dijeron que buscáramos al hombre que me violó [...] lo encontramos y, el grupo empezó en su búsqueda, este hombre sabía que era por mí y decidió escaparse [...] nunca

8 Testimonio joven desvinculada.

supe nada de él, el grupo me protegió, entraron para ir a buscarme. (Testimonio joven desvinculada)

El poder de protección en el grupo armado busca aumentar en las jóvenes el poder de defenderse y la búsqueda del dominio de su propio cuerpo, pero, a la vez, edifica una relación de sujeción estricta con el colectivo, lo que en efecto, lleva a que el grupo controle y castigue el cuerpo de ellas. La relación se convierte en la sujeción a otros por una defensa de sí misma para vivir y, en este proceso de seguir los códigos disciplinarios establecidos por el grupo, son nuevamente utilizadas y esclavizadas:

[...] la disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia). En una palabra: disocia el poder del cuerpo; de una parte, hace de este poder una aptitud, una capacidad que trata de aumentar, y cambia por otra parte la energía, la potencia que de lo podría resultar, y la convierte en una relación de sujeción estricta. (Foucault 1976, 142)

Las vivencias de las jóvenes en el grupo armado las lleva a repetir la misma historia de violencia. En un espacio donde se legitima el poder del hombre, las jóvenes son consideradas como un objeto de guerra a través del cual se obtiene inteligencia militar, disfrute, unidad del colectivo y también formas de financiación. Asimismo, la violencia que sus compañeros ejercen contra ellas tiene como fin garantizar su cohesión en la dinámica de la guerra. Dentro del grupo armado, las niñas y jóvenes deben cumplir las mismas tareas de los hombres, salvo que su lucha por el poder y por el ascenso en la jerarquía se les presenta con mayor dificultad por la violencia de género que se promueve en las filas armadas. En estas condiciones el discurso de defensa de su cuerpo y de sí mismas es silenciado ahora y, en este contexto, el silencio es una estrategia para supervivir en aquellas relaciones, en las cuales es imposible confiar. La prostitución y la esclavitud sexual son una práctica legitimada dentro de los grupos guerrilleros, paramilitares y bandas emergentes con las que ejercen el control territorial. Sin embargo, esta violencia sexual no termina allí,

se complementa con la violencia de la sociedad civil que inicia su proceso de vigilarlas y juzgarlas bajo los estereotipos de “mala mujer” o de “puta”. Estas connotaciones indican unas trasgresiones de los roles que se esperan de ellas, niñas, jóvenes y mujeres que debían haberse dedicado al cumplimiento de las funciones en el espacio privado. La violencia de género promovida por el grupo armado se complementa con la violencia social de la cual son víctimas cuando son juzgadas no solo por el hecho de ser combatientes, sino por los estereotipos de la sociedad:

[...] cuando las personas se enteran de que eres puta, te repudian, una es extraña, te maltratan..., hasta las mismas mujeres [...], dicen que está mal visto, pero las personas no entienden por la situación que estas pasando, que cuando a una le toca vivir no hay salidas porque te pueden matar, solo se experimenta soledad. (Testimonio de joven desvinculada)

Entonces, las jóvenes combatientes son propiedad de todos los hombres, en primer lugar, del comandante quien decide sobre la distribución de sus cuerpos y quien les asigna labores de inteligencia y las utiliza para satisfacer tanto sus deseos eróticos, como el deseo de los integrantes del colectivo, de manera que se pueda construir cercanía, alianzas y mantener al colectivo unido:

[...] yo tenía solo esa opción, tenía que hacerlo porque si no me acostaba con ellos, el grupo me mataba, ellos me pedían que hiciera inteligencia, que les averiguara combates, estrategias militares y las operaciones que estaban llevando en la zona. Me maltrataron quienes abusaron de mí y también el comandante porque a veces no se conseguía información, pero tuve suerte [...] a una niña la mataron. (Testimonio de joven desvinculada)

En segundo lugar, son propiedad de los hombres con quienes tienen relaciones sexuales. Ante esto, la sociedad las juzga y las ubica en la alteridad radical. En esta dinámica de violencia las jóvenes construyen su subjetividad, pero en este proceso se conjugan muchos sentimientos: la desprotección de sus padres en la infancia, la debilidad de sus vínculos afectivos con su familia de origen y su familia extensa, el deseo

de obtener mejores condiciones para su vida y su familia, el sentimiento de rechazo al ser juzgadas por la sociedad, ser utilizadas por el grupo armado y sentirse maltratadas por quienes las usan como objeto sexual. Ellas manifiestan sentirse:

[...] vacías, sucias, das asco por lo que fuimos en el grupo, porque no entendíamos lo que sentíamos, muchas emociones encontradas, si una no era puta el grupo nos mandaba matar y, cuando lo hacíamos, las personas lo reparan, lo juzgan y desestiman [...], era nuestra muerte o el desprestigio social. (Testimonio de joven desvinculada)

El grupo armado marca sus cuerpos como territorios (Amnistía Internacional 2004), no se trata únicamente de las marcas físicas, sino que, ser posesión de otros y para otros, marca sus almas, puesto que su cuerpo involucra historia, memoria y sentimientos.

Nuevamente, en ese escenario de sentimientos, tensiones y contradicciones, las niñas y jóvenes deciden problematizar las relaciones de ejercicio de poder, consideran salir de los grupos armados, dejar de combatir a favor del colectivo e intentar construir relaciones más equitativas y afectivas con su familia de origen, con un hombre o con sus hijos: “[...] yo sé que puedo sola, que soy capaz, que me levanté sola desde que soy una niña, pero yo había perdido mi norte y era construir algo mejor para mí, tener una familia y unos hijos propios, estar con ellos” (Testimonio de joven desvinculada). Aunque vale aclarar que muchas de ellas se fugan porque corren el peligro de morir, ante cualquier situación pueden perder su vida.

La experiencia vivida en el grupo armado les deja a niñas y jóvenes la enseñanza del poder de la masculinidad sobre el mundo femenino. Así, el deseo de estas niñas será el de obtener una relación afectiva con un hombre que posea el poder suficiente para protegerlas y brindarles un reconocimiento en el espacio público. Después del grupo armado, quieren sentirse completas, es decir amadas, respetadas y con poder.

Este deseo de completitud no es únicamente por los aprendizajes de su socialización primaria y secundaria, sino que el ideal del “hombre perfecto” tiene su origen en la desconfianza en sí mismas. Por

consiguiente, desean un hombre que sepa proveer amor, seguridad y protección, un hombre que sea el pilar del sustento económico y, que por supuesto, se involucre en un espacio familiar “[...] desde el nacimiento, la mujer [busca] su completud (sic.) en el otro: en un esposo, en los hijos, en la madre” (Lagarde 2006, 75). La protección, afecto y confianza la depositan en la figura masculina, pero la protección se obtiene a cambio de permanecer en su espacio privado y seguir siendo víctimas de la violencia. Analizando esta situación en el momento de su desvinculación al grupo armado se manifiesta una inseguridad en sí mismas, lo que las lleva a dejar de lado los discursos con los cuales problematizan las relaciones de poder. Cuando las niñas y jóvenes olvidan su discurso se mantienen supeditadas a los mismos cautiverios.

### Cautiverio: ser madre soltera

Las jóvenes, en el proceso de desvinculación y al momento de ingresar a la modalidad de atención, establecen relaciones con las instituciones en donde sienten que existe acogida pero también rechazo. Este apartado analiza la situación de las jóvenes madres que entran en diálogos y dilemas permanentes relacionados con su condición de madres o mujeres y con la manera de desempeñar su rol sin olvidar sus necesidades como mujeres.

Las jóvenes durante su proceso de permanencia en la modalidad de atención son acogidas por un hogar tutor que tiene la responsabilidad de apoyarlas y complementarlas en el proceso de ser madre, un proceso que se construye con el otro. Los hogares tutores representan los principales interlocutores que ellas tienen durante su paso por el programa. Una joven madre desvinculada expresa:

[...] ser madre es lindo, pero no sé, a veces ser madre presenta dificultades, significa ser más responsable, dejar de lado la diversión, en este estado construir una relación con un hombre es difícil, los hombres no te toman en serio cuando tienes un hijo [...], son muy pocos, por otra parte, muchas veces creo que no puedo desempeñar bien el ser buena madre, siento que todo el mundo me vigila y me siento sola porque me cuestiono sobre mi vida cuando yo era niña. Las personas dicen que eres muy joven y ante tantos juicios,

ser madre también es sentir un miedo de que eres madre en la soledad. (Testimonio de joven desvinculada)

Este cautiverio representa al sistema de relaciones vigilantes frente a los diversos pensamientos, actitudes y comportamientos referidos a la forma como las jóvenes madres construyen su maternidad y también su identidad femenina. Desde el programa Hogar Tutor se las observa, se las vigila y las familias tutoras permanecen alertas con respecto a la cercanía y formas de crianza que las jóvenes construyan con sus hijas o hijos. Durante su socialización, los hogares tutores victimizan a las jóvenes, de hecho, las asumen como incapaces por: ser primerizas, porque sus acciones son inadecuadas para la edad del niño o de la niña o porque no han tenido una madre que les brindara afecto en su infancia. De esta manera, la desconfianza hacia ellas, que se traduce en una extrema vigilancia, provoca que las jóvenes desvinculadas deleguen las responsabilidades de cuidado y protección de sus hijos. Es importante mencionar que desempeñar este rol de maternidad es difícil en cuanto las jóvenes no poseen referentes de maternidad cálida y afectuosa que les permita el desempeño eficaz de su rol. Asimismo, la descalificación de sus acciones como madres por parte de los hogares tutores lleva a que las jóvenes queden relegadas a un segundo plano, tampoco la familia las percibe como madres. En esas dinámicas familiares el hogar tutor acoge a las hijas y los hijos de las jóvenes madres, pero el papel del hogar tutor como orientador se desdibuja cuando absorben todas las responsabilidades del cuidado, no apoyan a las jóvenes y no comparten un sentido de responsabilidad en la formación de los menores. Entonces, las madres solteras asumen una maternidad en la soledad, con temores fundados en una supuesta deficiencia en el cuidado y crianza de sus hijos y, también, por llevar una responsabilidad cuestionada por unas instituciones que las vigila, las controla y las juzga.

La madre adolescente enfrenta dos verdades legitimadas en el patriarcado: ser por primera vez madres y ser joven. Estas verdades las determina como jóvenes inmaduras para asumir su rol de madre. En

efecto, las jóvenes deben combatir con los juicios de la sociedad, como propone Lagarde, “[...] la madre soltera enfrenta en realidad el abandono del hombre, y lo que implica: la carencia del cónyuge y la soledad” (2006, 414). Las madres desvinculadas de grupos armados se consideran como “mujeres abandonadas”, enfrentan a diario los cuestionamientos de la sociedad con respecto al abandono del hombre y de la familia. En el primer aspecto, ellas significan para los hombres una mujer con quien no se puede construir una relación seria, puesto que tomarla como pareja genera cuestionamientos y responsabilidades. En el segundo caso, el hogar tutor las califica como inexpertas, no toman en cuenta las necesidades que tienen como mujeres y, en caso de ser madres solteras, algunas madres tutoras prefieren que ellas se dediquen de forma exclusiva a su hijo, no pueden tener relaciones afectivas significativas o la construcción de una relación con su género opuesto:

En este hogar le hemos abierto las puertas, pero ella es dejada con el niño, en su cuidado y atención. Nos toca a nosotros asumir todo, pero como madre si le faltan herramientas. Ella prefiere tener novios antes que su hijo. (Testimonio Hogar tutor)

Durante la convivencia de las jóvenes en el Hogar tutor se evidencia una observación directa sobre las jóvenes madres, relacionada con los tiempos empleados en cada una de las actividades, y sobre sus conductas y comportamientos con los hijos o hijas. Es decir, se da vigilancia constante de sus horarios y de la dedicación a sus hijos o hijas, “[...] yo veo el tiempo que le dedica al niño, es muy poco y cuando lo hace, le hace falta paciencia para asumir y entender las necesidades del niño” (Testimonio de una madre tutora). En relación a los postulados de Foucault, los instrumentos utilizados en las relaciones de poder ahora “[...] son formas de coerción, esquemas de coacción aplicados y repetidos. Ejercicios, no signos, horarios, empleos de tiempo, movimientos obligatorios, actividades regulares, meditación solitaria, trabajo en común, silencio, aplicación, respeto, buenas costumbres” (Foucault 1976, 134). Las interacciones que establecen las jóvenes con sus hijos e hijas serán vistas bajo la mirada clasificatoria y vigilante entre

ser “buena madre o mala madre”<sup>9</sup>. Llegar a ser buena madre se convierte en un ideal y necesidad de las jóvenes. Alcanzar el cumplimiento de ese objetivo tendría por consecuencia el reconocimiento, la aceptación social y la disminución de la vigilancia sobre ellas. Sin embargo, al representar la maternidad un camino de avances y retrocesos, muchas de ellas sienten un agotamiento emocional.

La familias tutoras ejercen vigilancia continua sobre estas jóvenes quienes son madres solteras, dicho control tiene que ver con los tiempos, horarios, movimientos, pero no se entienden los sentidos y significados que las jóvenes pueden tener cuando se acercan a su hijo o hija, porque en el desempeño del este rol de madres se cuestionan como personas, en relación con las vivencias en su infancia, a su frustración por no comprender los deseos y necesidades del infante. También, se cuestionan como mujeres, así lo expresa una joven madre:

[...] yo no he renunciado a mi maternidad, lo que me aconsejan lo aplico, aunque a veces considero que no debe ser así, yo claro que tengo errores con mi hijo, sé que no soy paciente, pero creo que no soy así porque conmigo nunca lo fueron, yo estoy en proceso de cambio, pero quiero que me acompañen porque no quisiera que mi hijo repita mi historia de vida. (Testimonio joven desvinculada)

En consecuencia, la desconfianza en sí mismas y en los demás se exacerba en sus vidas, los discursos sobre su nueva familia y el poder sobre sí mismas con el que salieron del grupo armado se silencian y, así, el hogar tutor asume toda la responsabilidad del cuidado del hijo o la hija de la joven madre sin darle oportunidades de crecimiento y apropiación de su rol.

Este cautiverio trata de clasificar a las jóvenes como buenas o malas y, en esta etapa de desvinculación, las jóvenes silencian sus discursos dado que cambian la buena atención que recibe su hijo a cambio del desprecio y la tristeza que muchos de los juicios pueden generarles como madres.

Ser madre soltera implica otra prisión por cuanto son juzgadas por los estereotipos que establecen los

hogares tutores y, ante esas demandas, estas jóvenes siguen cuestionándose sobre ser “madre” o “mujer” o sobre cómo lograr la complementariedad entre las dos.

### Intervención social

Es responsabilidad de quienes ejecutan los programas de restablecimiento de derechos intervenir con perspectiva de género puesto que las vivencias antes, durante y después de la pertenencia al grupo armado son distintas tanto para hombres como para mujeres. En el caso de las jóvenes excombatientes, sus luchas se dirigen a subsanar una carencia afectiva, tener el poder y reconocimiento, mejorar su situación económica y buscan construir equidad de género. Como se presenta en este artículo, las jóvenes excombatientes pasan por diversos cautiverios determinados por el género y estos cautiverios pueden ser una continuidad si no se problematizan las relaciones y se retoman los discursos. Desde el Trabajo Social se debe construir junto con ellas el sentido y significado acerca de la identidad femenina y de la construcción del sentido de familia y el ejercicio de la maternidad.

### Identidad femenina: ser mujer

Tomando como referencia a Lauretis, Castellanos expresa:

[...] la subjetividad se construye, no simplemente mediante el influjo de un sistema de ideas culturales (por ejemplo, la oposición entre hombre y mujer), sino mediante un proceso de interacción entre la cultura y la realidad personal. La experiencia de ser mujer consiste en una serie de hábitos que resultan de la interacción entre los conceptos, signos y símbolos del mundo cultural externo, por una parte, y la distinta toma de posición que cada una va adoptando internamente por la otra. (1995, 46)

El lenguaje y los discursos son la base a través de la cual se construye la identidad femenina, es así como los diversos diálogos de las jóvenes, entre lo dado culturalmente y la posición personal de ellas, hacen que exista un discurso de problematización de los cautiverios a las que están supeditadas. La profesional debe rescatar los elementos positivos en la problematización de las relaciones:

9 Testimonio de una madre tutora.

[...] En la medida en que las mujeres (y los hombres) digamos otras “palabras”, construyamos otros significados para el término “mujer”, ese “ambiente elástico” se transformará, y otros hablantes, aun si desean conservar viejos sentidos de la palabra, encontrarán en el camino entre su palabra y la realidad a la que se refieren la refracción de nuevas posiciones. (*Ibid.*, 15)

Esos discursos, que las mismas jóvenes han cuestionado desde su infancia, facilitan la construcción de una subjetividad con principio de equidad, en otras palabras, los discursos se encaminan a construir una ideología distinta a lo culturalmente establecido. Tomando como referencia a Bajtín se desea que esta transformación utilice

La cultura popular del “carnaval” ha sido descrita por Bajtín como una serie de ritos y formas lingüísticas profanadoras, contradictorias, excéntricas. Como el carnaval popular se convierte, según Bajtín, en fuente de rupturas estéticas e ideológicas en el discurso literario de autores como Rabelais o Cervantes, o incluso Dostoevski, el carnaval femenino da pie para múltiples rupturas en la cultura cotidiana. (*Ibid.*, 18)

Así como los cautiverios generan sujeción, podría decirse que los cautiverios también transforman los roles y, de hecho, enriquecen la vida a través de los diversos discursos de reivindicación de género. El discurso es “[...] aquello por medio del cual se lucha y se adquiere el poder, transformando lo dicho en una verdad” (Foucault 1992, 5). De esta manera, las prácticas se convierten en una nueva búsqueda por la valoración social. La intervención busca construir un discurso de equidad de género a través de la generación de una conciencia que no las lleven a la venganza en contra de quienes las han marcado con violencias, ni a la entrega desenfrenada hacia otros.

Los discursos entonces deben generar una conciencia que vaya más allá de las fronteras corporales y culturales bajo las cuales fueron construidas por mandato patriarcal. Así

[...] ser mujer, es lo más lindo, significa cuidar, velar por los suyos y levantarse, las personas te juzgan, muchas veces crees que no podrás en esta ruta, pero cuando lo demuestras, ser mujer vale la pena, porque

es bien no depender de un hombre, creo que uno debe buscar una relación agradable, pero que no condene, que no niegue la historia y que permita aprender. (Testimonio joven desvinculada)

La identidad se construye en relación con los otros. Para el caso de las jóvenes es necesario retomar su historia de vida, sus sentimientos, sueños y expectativas como mujeres, pero es importante orientar el análisis sobre la figura masculina en la sociedad, en la familia y en su vida personal, puesto que siempre el género opuesto estará presente en las relaciones de poder y en la construcción de su subjetividad.

#### **Construcción del sentido de familia y el ejercicio de la maternidad**

Con respecto a la maternidad de quienes son madres jóvenes, el o la profesional de Trabajo Social debe orientarse a través de los discursos y las prácticas sobre el significado y sentido de la maternidad. Se debe reconocer que las madres desvinculadas de conflicto armado han dado un gran paso que consistió en “[...] huir con su hijo en medio de las selvas y las amenazas resonantes en mí, para proteger y ver crecer a mi hijo” (Testimonio joven desvinculada). El Trabajo Social debe creer que ellas pueden desempeñar su rol y, a pesar de que existen desalientos en este proceso, es imprescindible acompañar, escuchar y estar presente, dado que la y el profesional es un depositario de confianza.

Una de las demandas que culturalmente se espera de las jóvenes desvinculadas es que puedan ser la fuente de cuidado y protección para sus hijas e hijos, que sean mujeres del espacio privado y que estén dedicadas a la crianza y desarrollo, de acuerdo con el buen cuidado, la seguridad que provee el afecto y la protección que se transmite en consideración con los vínculos afectivos construidos. La construcción de esta nueva familia tiene que ver con la forma como ellas han construido sus vínculos afectivos en su infancia con sus otros. Estas relaciones significativas tempranas son las que permiten que una persona tenga la confianza en sí misma necesaria para “[...] brindar afecto, construir un sentimiento de pertenencia y se promueva el compromiso y cuidado del otro” (Horno 2005, 24).

Por tanto, la intervención profesional está enmarcada en la resignificación del vínculo construido en su infancia. El problema que enfrentan muchas de las jóvenes es la carencia de una figura materna que se haya mostrado disponible a las necesidades de ellas y, quienes la tienen, la recuerdan como una persona ajena al cuidado y al afecto, es decir, poseen débiles vínculos afectivos y de hecho buscan la dependencia de un hombre como fuente de cuidado, acatando un estereotipo reconocido culturalmente. La intervención profesional debe reflexionar junto con las jóvenes el significado de la familia en su infancia, el significado de su familia de procreación, el significado de ser madre y la importancia que tiene el afecto, el compromiso y cuidado del otro, el sentimiento de pertenencia y la confianza, tanto en sus vidas como en el desarrollo de su hijo. El y la profesional deben acompañar y ser personas de confianza, capaces de construir una relación a largo plazo, puesto que esto les permitirá a las jóvenes cambiar y reconciliarse con su propia historia de vida.

### **Reflexiones para el equipo psicosocial de los hogares tutores**

El equipo psicosocial y las modalidades de atención deben realizar una sensibilización sobre los problemas que enfrentan las jóvenes, no solo culturales sino los afectivos, dado que algunas madres de los hogares tutores no logran comprender, los comportamientos y sentimientos de las jóvenes. Además, dado que algunas de las madres tutoras han sido víctimas de la violencia física, sexual y psicológica, ven sus vidas reflejadas en la historia de las jóvenes, por ello validan los comportamientos de los hombres e incluso los reproducen. La estrategia entonces involucra dos espacios: el primero, consiste en orientar a las madres tutoras sobre la forma como ellas han construido su subjetividad en medio del patriarcado; el segundo punto, es facilitar que el hogar tutor se involucre en la conformación y formación de la nueva familia en términos de equidad, enseñanza y comprensión de la historia de vida de las jóvenes, lo cual le permitiría que estas instituciones observen con confianza y credibilidad que las jóvenes excombatientes pueden desempeñar sus roles de madre y mujer.

Para finalizar, la forma de ser mujer está determinada por la cultura. Dentro de la cultura patriarcal, las mujeres enfrentan diversos cautiverios, espacios considerados como prisiones, puesto que su cuerpo debe ser siempre para otros y de los otros. La intervención social busca re-significar historias de vida personales en dos dimensiones la primera, en cuanto al poder de sí misma y ejercicio de este y, la segunda, en la sanación de sus vínculos afectivos, puesto que la dependencia hacia otros, no solo es un problema cultural sino subjetivo, en consideración con la carencia de afecto y la desprotección que vivieron en su infancia.

Tomando como referencia que la identidad se construye en relación con los otros y otras, es importante que el profesional o la profesional se visibilice como un sujeto de confianza ante la joven, que sea capaz de construir una relación a largo plazo de ayuda y orientación y, que en este tiempo, la confianza se construya como un mecanismo para problematizar aquellas relaciones de poder que por largo tiempo las privó de autonomía, libertad y de capacidad de decisión. La y el profesional deben rescatar muchos de los discursos de reivindicación de género que las jóvenes han silenciado y que, con ayuda, esperan ser retomados para construir nuevas subjetividades y formas de relación equitativas con el género opuesto. No se trata solo de formar a las jóvenes en temas de maternidad, identidad o crianza, sino que la intervención profesional sea un espacio para construir junto con ellas un enfoque dialógico.

### **Referencias bibliográficas**

- Berger, Peter y Thomas Luckmann. [1968] 2002. *La Construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Bowlby, Jhon. 1998. *El apego: la perdida afectiva 1*. Barcelona: Ed. Paidós, Grupo Planeta Editores.
- Castellanos, Gabriela. 1995. “¿Existe la mujer? Género, lenguaje y cultura”. *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino lo masculino*. Arango, Luz Gabriela, Magdalena León y Mara Viveros (Comp.). Bogotá: Ediciones Uniandes, Tercer Mundo Editores.
- Cifuentes, Rocío. 2009. “La investigación sobre género y conflicto armado”. *Revista Eleuthera* (3): 127-164. Manizales: Edición Universidad de Caldas.
- Defensoría del Pueblo, Unión para la Infancia y la Adolescencia—Unicef—. 2006. *Caracterización de las niñas, niños*

- y adolescentes desvinculados del conflicto armado ilegales. Inserción social y productiva desde un enfoque de derechos humanos.* Bogotá: Ed. Defensoría del Pueblo.
- Foucault, Michel. 1971. *Microfísica del poder*. Madrid: Ed. Planeta.
- Foucault, Michel. 1976. *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid: Ed. Siglo XXI.
- Foucault, Michel. 1980. *Historia de la sexualidad: La voluntad del saber*. Madrid: Ed. Planeta.
- Foucault, Michel. 1992. *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Horno Goicoechea, Pepa. 2005. *Amor, poder y violencia. Un análisis comparativo de los patrones físico y humillante*. Madrid: Ed. Save The Children.
- Lagarde y de los Ríos, Marcela. 2006. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Coyoacán: Ed. Universidad Nacional Autónoma de México —UNAM—.
- Palacio, María Cristina. 2004. *La Identidad Masculina: un mundo de inclusiones y exclusiones*. Manizales: Ed. Universidad de Caldas.

### Material en línea

- Amnistía Internacional, Colombia. 2004. *Cuerpos marcados, crímenes silenciados: violencia sexual contra las mujeres en el marco del conflicto armado*. Madrid: Ed. Artes Gráficas. <http://www.amnesty.org/es/library/info/AMR23/040/2004> (16 de septiembre del 2011).

Corporación Humanas - Centro regional de Derechos Humanos y Justicia de Género. 2009. *Situación en Colombia de la Violencia sexual*. Bogotá: Ediciones Anthropos. [http://www.humanas.org.co/archivos/Situacion\\_en\\_Colombia\\_de\\_la\\_violencia\\_sexual\\_contra\\_las\\_mujeres.pdf](http://www.humanas.org.co/archivos/Situacion_en_Colombia_de_la_violencia_sexual_contra_las_mujeres.pdf) (17 de septiembre del 2011).

Corporación Humanas - Centro Regional de Derechos Humanos y Justicia de Género 2009. *Memorias del seminario internacional: Judicialización de casos y reparación a mujeres víctimas de delitos de la violencia sexual en el marco del conflicto armado*. Bogotá: Ediciones Anthropos. [http://www.humanas.org.co/archivos/Memorias\\_\(2\).pdf](http://www.humanas.org.co/archivos/Memorias_(2).pdf) (24 de septiembre del 2011).

Human Right Watch. 2010. *Herederos de los Paramilitares: La nueva cara de la violencia en Colombia*. Estados Unidos: Human Right Watch. [http://www.hrw.org/sites/default/files/reports/colombia0210spwebcover\\_o.pdf](http://www.hrw.org/sites/default/files/reports/colombia0210spwebcover_o.pdf) (24 septiembre del 2011).

Mesa de Trabajo: Mujer y Conflicto armado. 2009. *Informe sobre la violencia sociopolítica en contra de las mujeres y niñas en Colombia*. Bogotá: Organización de las Naciones Unidas para los refugiados. <http://www.mujeryconflictoarmado.org/informes/VIII%20informe%20mesa%20mujer%20y%20conflicto.pdf> (9 de octubre del 2011).